

Suicidadores

En la calma de este rincón montañés las noticias que nos llegan—más bien nos caen—desde el centro del reino es como si repercutieran en un resonador. No oímos el comentario público. Aunque ¿es que le hay? ¿Es que no son todos los lugares de España rincones perdidos, ya en sierra, ya en medio de la llanada? Pero hay que seguir predicando en desierto, que no es sermón perdido.

En unas declaraciones atribuidas al general M. Anido, candidato a vengador del general F. Silvestre, hemos leído que se le atribuyó la especie de que él estaba confiado del ánimo de las tropas a que mandaba en Melilla. Pero ¿cómo lo conocía? ¿Cómo se ponía en contacto con esas tropas? Lo que sabemos es que todo su esfuerzo tendía a ahogar el libre examen, a evitar que los soldados opinasen o se ilustrasen, a establecer esa absurda disciplina jesuitica que trata de matar el juicio propio. No; ese caudillo del desquite; ese que hablaba de vengar el ultraje, no conocía, no conoce el espíritu del pueblo. Su incivildad le lleva a despreciar la opinión pública. Y la hay, vaya si la hay.

El chispazo de Málaga es una señal. Se repite algo de lo que ocurrió en 1909. Y el Gobierno, gobernado por no sabemos qué poderes ocultos—junteros o contrajunteros, cortesanos, extranjeros o lo que fueren—, no hace sino dejarse arrastrar.

Se entrega en unas cosas, como en lo de las responsabilidades, a las izquierdas extremas, y se entrega en otras, como en lo de la guerra, a elementos anticiviles y anticonstitucionales. Vino este Gobierno por la fuerza de la fatalidad, y forzado vive. El papel que hace ese pobre Silvela—¿adónde ha llegado el linaje!—es de lo más simbólico y sintomático que cabe.

Y aún hay quien pide, y acaso lo

consiga, que la guerrilla esa de Marruecos se lleve independientemente del Gobierno, no como operación de policía, sino como campaña de conquista. Dicen que es la opinión de Weyler. Sin percatarse de que si toda guerra es ante todo política, ésta no es nada más que política. Ahora, de una política militarista. Y de un partido. Porque posición de partido, y nada más que de partido, es la de sostener que la nación deba doblegarse y sacrificarse a puntillos de amor propio de un instrumento suyo. Que instrumento es el Cuerpo directivo del ejército, y amor propio es lo de vengar el ultraje de julio de 1921. Amor propio a expensas del amor a la patria.

Hemos estado leyendo en este retiro montañés el relato de cierta entrevista que el desgraciado suicida y suicidador general F. Silvestre tuvo en Alhucemas con los jefes beniuirriagueles, y las manifestaciones de bárbara política incivil que allí les hizo. Y vemos que persiste el mismo bárbaro espíritu, el de «la espada tinta en sangre y coronada por el laurel de la victoria».

Suicidador hemos dicho. Esos hombres, los que han provocado la protesta sangrienta de Málaga—la sangre provoca sangre—, son suicidadores de la civilidad y de la patria.

Había en las costas de Bretaña unos hombres rudos y feroces que, como vivían de los despojos de los naufragios que ocurrían en sus broncas costas, provocaban naufragios con falsas señales o de otro modo. Se les llamaba naufragadores. Y parece que hay quienes, viviendo de este fatídico suicidio de la España civil—y de la civilización española—, lo provocan. Son los suicidadores.

Que se suicide el reino, señor—y cumplirá en ello con su deber—; pero que no se empeñe en arrastrar a la nación en su suicidio.

Miguel DE UNAMUNO

